

## Notas y Documentos

Hernán Díaz Arrieta (Alone) enjuicia el número de «Atenea»,  
dedicado al cuento chileno:

Atenea, Núms. 279-280. Septiembre-Octubre 1948. (Nascimento).

Un gran trozo de Historia y Literatura Chilena encierran las 676 páginas que comprende la última entrega, dos números en uno, de la revista «Atenea».

Se nos dan aquí todos los elementos necesarios para estudiar el nacimiento y desarrollo de uno de los géneros más populares y accesibles y, sin disputa, el más difundido entre toda clase de lectores.

Si agregamos que el cuento ha tenido en Chile, maestros también indisputables, se apreciará la importancia del trabajo realizado por el prestigioso órgano literario de la Universidad sureña.

En adelante, investigadores y maestros no podrán prescindir de él.

Veámoslo.

La primera parte reúne una serie de estudios, monografías y memorias, ya personales, ya de conjunto, donde d'Halmar, Silva Castro, Eleazar Huerta, Mario Osses, Guillermo Koenenkampf, Antonio Romera, Graciela Illanes, Francisco Santana, Germán Sepúlveda y Ulyses, nos presentan una visión panorá-

mica del cuento en Chile. Silva Castro demuestra con victoriosa erudición que el primero lo publicó el año 1843, el discutido patriarca de nuestra literatura don José Victorino Lastarria. El hecho tiene indiscutible importancia arqueológica; pero, se nos figura, no tanto ya como fundamento de una tradición. Silva Castro se esfuerza por definir qué es un cuento. Muy bien. Nos permitiríamos insinuarle la conveniencia de hacer lo mismo con la palabra «tradición». ¿Fundó Lastarria en Chile, la tradición del cuento porpue escribió, antes que nadie, alguno bastante aburridor y notablemente pálido? La tradición es algo vivo que camina y va de mano en mano: Los cuentos de Lastarria carecen de vida, nadie se los pasa a nadie, están fríos. En vez de haber fundado una tradición tememos que la haya retardado, asociando a la idea de cuento nacional la idea del sopor. Salvo esta ligera discrepancia de pareceres, la investigación del crítico nos parece irreprochable.

Como fundador tradicional viviente, este repertorio nos ofrece al lado un tipo clásico. El artículo de Augusto d'Halmar, por el juego de palabras del título, «Cuento como cuento un cuento», sugerirá a alguno la sospecha de que su autor, no teniendo nada que decir, se entretuvo manejando palabras. Nada de eso: se perderían un buen bocado quienes omitieran la lectura de esas páginas autobiográficas y documentales donde cogemos, sin esfuerzo, datos de primeras aguas, sobre el nacimiento y aparición de obras ya célebres. Habla allí d'Halmar de sí mismo; naturalmente lo hace bien. ¿Quién lo hará mejor? He ahí, no ya cronológica, ni convencionalmente, sino en espíritu y en verdad uno que algo recibió, algo creó en seguida y, después, fué repartiéndolo a otros que lo recibieron para continuar, su turno, la cadena. La gran cadena de la tradición nuestra, fragmento de otras. Hay, ciertamente, en ella, un cierto eslabón llamado Lastarria, pero se ignora a qué profundidad está; se necesitan alientos de erudito para llegar hasta su reposo. d'Halmar navega, en cambio, todavía, sobre las aguas a la cabeza

de su propia escuadra. Fiel al sistema cabalístico, elige el número siete y traza la historia de otros tantos cuentos suyos famosos. Es la perfecta pléyade. La misma cifra que eligió para su inventario de cuentos, Mario Osses, juicioso y benévolo, autor de una crítica amplia, ejemplo de alta comprensión. Sus «Siete Cuentos Maestros de la Literatura Chilena», recuentan y analizan «La Señora» de Federico Gana; «El Chiflón del Diablo», de Baldomero Lillo; «La Antipatía», de Eduardo Barrios; «Domingo Persona», de Mariano Latorre; «La Picada», de Luis Durand; «El Vaso de Leche», de Manuel Rojas; «En Provincia», de Augusto d'Halmar. Con todos se demuestra generoso, con algunos, derrochador.

Es, por lo demás, y no sin acierto, el criterio dominante en todo el número de la revista, encaminada a construir y estimular.

Tras de Mario Osses, lo comprueba Guillermo Koenenkampf, cuya «Visión del Cuento Chileno del siglo XX», dice: «Así, sin gestación, espontáneamente y armado de todas sus galas —como Palas Atenea, de la cabeza de Júpiter— nació el cuento chileno. Fué la sorpresiva generación del 900, a cuya cabeza, cronológica, están las figuras tan características y tan distintas de Federico Gana y Baldomero Lillo, la que inició en nuestras letras el género del cuento propiamente tal». Verdad. Declara luego un escepticismo, que compartimos, sobre «el despenadero de las definiciones».

Cuidado con preguntarse que es, que no es un «cuento»: sería el de nunca acabar. En vez de buscarle al género dimensiones abstractas, fijando su extensión, tan vaga, sus límites, tan elásticos —(el mismo Silva Castro, con toda su precisión, se confiesa vencido y, tras ensayar una fórmula, vuélvese contra ella y la demuele)— la visión de Koenenkampf propone un ejemplo y señala, en el capitán don Olegario Lazo Baeza y sus «Cuentos Militares», «Nuevos Cuentos Militares» y «Otros Cuentos Militares», el caso de «verdaderos cuentos en el total

sentido de la palabra, desde luego los mejores en su género escritos en Chile, sin exceptuar los sabrosísimos relatos del clásico Daniel Riquelme». Vayan los curiosos y estudiantes a la obra de Lazo Baeza y saquen deducciones: les servirán más que muchas tentativas retóricas forzosamente incompletas. Jamás el recinto hermético de una definición ha conseguido aprisionar cuanto define y excluir en absoluto lo que no define. Esa visita a los libros de un maestro, les servirá, además, para saber, por ejemplo, que en los cuentos militares: «El dramatismo surge del relato mismo: un dramatismo sobrio, contenido, varonil, por el que fluye discretamente la chispa viva de un castizo «humour» y removida de vez en cuando por imperceptibles insinuaciones psicológicas; un dramatismo, en fin militar, que no nos llenan los ojos de lágrimas (¿?) pero, sí, de repercusiones el corazón». Palabras de Koenenkampf cuya veracidad podrán los lectores comprobar en este mismo volumen, donde está «El Amigo», de Lazo Baeza.

Mas, para ello, necesitamos pasar a la segunda parte.

Es una Antología.

Así como existen «Los cien mejores poemas», aquí encontramos «Los 39 mejores Cuentos». Porque, inexplicablemente, no son 40, número clásico, académico. No: sólo 39. ¿Entre estos 39, son todos los que están, están todos los que son? Evitemos la eterna disputa: haga cada cual su antología y si puede, imprímala. Cuestión por esencia subjetiva, de crítica personal: preferible y más útil consideramos releer, aunque no sea todo. Y comparar. Es, además, agradable tarea.

Abren la marcha: Baldomero Lillo, Federico Gana, Díaz Garcés, Lazo Baeza, Barrios, d'Halmar, Latorre, Montenegro, Santiván y Maluenda, muy distintos unos de otros desde varios puntos de examen, pero unidos por este rasgo común que al propio tiempo los junta entre ellos y los aparta de los demás, colocados en el extremo opuesto: la composición, el arte arquitectónico, la mirada de conjunto y sus líneas con principio me-

dio y fin, intriga, nudo y desenlace. En todos y cada uno se percibe muy nítido ese dibujo a veces, habilísimo, a veces, en dos o tres, demasiado notorio.

Véase el escalofriante «Pozo», de Baldomero Lillo. Dos muchachones fornidos luchan a bofetadas, jadean, quieren matarse por una muchacha en flor, dieciséis años, que los contempla inmóvil hasta que discurre echarle arena en los ojos a uno que no le gusta. El que le gusta gana, inmediatamente. Y la moza lo premia casi a la vista del otro. El vencido toma la mayor venganza: usando una diabólica estratagema, con cálculo genial, grita que el pozo de arena donde está su rival, paladeando su reciente victoria, se desmorona, se hunde, va aplastar a un hombre. Corren cincuenta a salvarlo: el borde movedizo, apenas desmigajado, no resiste el peso circundante de los afanados y curiosos, desplómase con violencia y poco a poco, va sepultando a la vista de todos, al prisionero. Trama y estilo son simples, casi rudos, pero de un vigor potente que lograría mayor eficacia sin el detalle, penoso por su mal gusto; de una madre melodramática e inoportuna que se abraza a su hijo, sollozando y lo ve morir ahogado bajo sus pies.

No tendrán tanta fuerza expresiva, ni comparable vibración patética los que vengan veinte años después. No sabrán construir también. O no querrán hacerlo. Las formas, gastadas, se han roto en letras, en pinturas, en música, escultura, arquitectura, política, economía, moral. Preciso es renovarse y, para renovarse, demoler. Algunos derriban la vieja morada sin tener otra. Son temerarios e inexpertos sin duda, pero no cometerán faltas como esa, de la trágica madre. Sus líneas más flotantes, revelan flexibilidad, finura; las intenciones no saltan desde el primer plano, se hallan recónditas, se sugieren por insinuaciones, exigen ojo atento, oído agudo.

Es que autores y lectores han cambiado.

Evidentísimo, incluso escandaloso en la poesía, el fenómeno

se hace menos visible en la prosa, de suyo lenta ligada a la práctica, sin tantos pares de alas.

Pero entre los nuevos descubrimos halla gos indiscutibles. Léase «El Arbol», María Luisa Bombal, a quien elegiremos, por el momento, como representante de las nuevas generaciones. Aunque también podría serlo su vecina, Luz de Viana, más reciente aún, menos construída, según la antigua formula. Las divagaciones de d'Halmar, cuya línea va de polo a polo y liga los contrarios, sus sueños dispersos, apenas materiales—«la sombra del humo en el espejo»,—resultan concretos y anecdóticos junto a las páginas de estas autoras, tejidas de otros hilos que dan otra tela, menos aparentemente lógica y, al principio, para la mayoría, muy desconcertante.

La historia viva del cuento, más que contada, expuesta aquí en casos concretos, reproduce y aclara en síntesis la evolución general de las artes y las letras. Y del resto.

Merece gratitud la dirección de la revista Atenea, por el considerable esfuerzo bien orientado, cuyos frutos aprovechamos en este sucule to número de septiembre-octubre. Con unos cuantos más por el estilo que dedicara a otros aspectos de la literatura nacional, la tarea de los historiadores y críticos se allanaría mucho. (\*)

ALONE.

Premio «Al mejor compañero»

El siguiente es el texto del discurso pronunciado por el ex alumno y actual Decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Concepción, don Rolando Merino R. en el acto de repartición del «Premio al mejor compañero» que la Sociedad de Ex Alumnos de la Universidad de

---

(\*) El Mercurio, 28 — XI — 1948.